

La empresa privada y el populismo

LOS POPULISMOS SOFOCAN LA LIBERTAD Y PROMUEVEN INTERVENCIONISMOS QUE IMPIDEN EL DESPLIEGUE DE LA EMPRESA Y DEL ESPÍRITU EMPRENDEDOR, INCLUSO CUANDO ESTOS PRETENDEN Y DESEAN CUMPLIR, COMO EN EL CASO DE VENEZUELA, CON SU RESPONSABILIDAD SOCIAL Y MORAL

VICENTE CARRILLO-BATALLA L.

El empresario es un emprendedor que arriesga su capital en función del cumplimiento de objetivos económicos atemporales –no prescriben en el tiempo– y metas de corto plazo –con fechas de cumplimiento–, para lo cual toma decisiones estratégicas, provee los medios indispensables, articula los procesos dentro de la unidad funcional –la empresa–, establece la administración, sus facultades y sus controles y ante todo asume la responsabilidad tanto comercial como legal frente a sus clientes, sus empleados, el Estado y la sociedad en general.

No es este el momento de hacer distinciones entre empresarios dueños del capital invertido y aquellos profesionales que por delegación de los accionistas administran la unidad funcional de negocios. Baste por ahora decir que la empresa plantea su continuidad de manera indefinida –el concepto de perpetuidad o esperanza de vida infinita utilizados en modelos de valoración de negocios en marcha–, con la finalidad económica de producir utilidades en el curso de sus operaciones a través de los años.

Las utilidades constituyen la finalidad esencial de toda empresa de capital, para lo cual se intenta combinar eficientemente los factores de producción, con el propósito

La empresa privada bien manejada genera empleo remunerado, crea riqueza y bienestar para sus accionistas, para sus trabajadores, para su clientela, también para la sociedad en su conjunto

de reducir costes y de tal manera aumentar el margen de ganancia en operaciones. Un tema que los ideólogos comunistas no comprenden –o no quieren comprender–, y que los líderes del populismo de izquierdas pretenden derogar –dicen ellos– en beneficio de los desposeídos. No quieren reconocer que la empresa privada bien manejada genera empleo remunerado, crea riqueza y bienestar para sus accionistas, para sus trabajadores, para su clientela, también para la sociedad en su conjunto. A fin de cuentas, la ganancia del empresario se justifica plenamente y desde cualquier punto de vista moral o económico, en la medida que el capital aportado ha creado valor.

LIBERTAD, COMPETENCIA Y MÍNIMO ESTADO

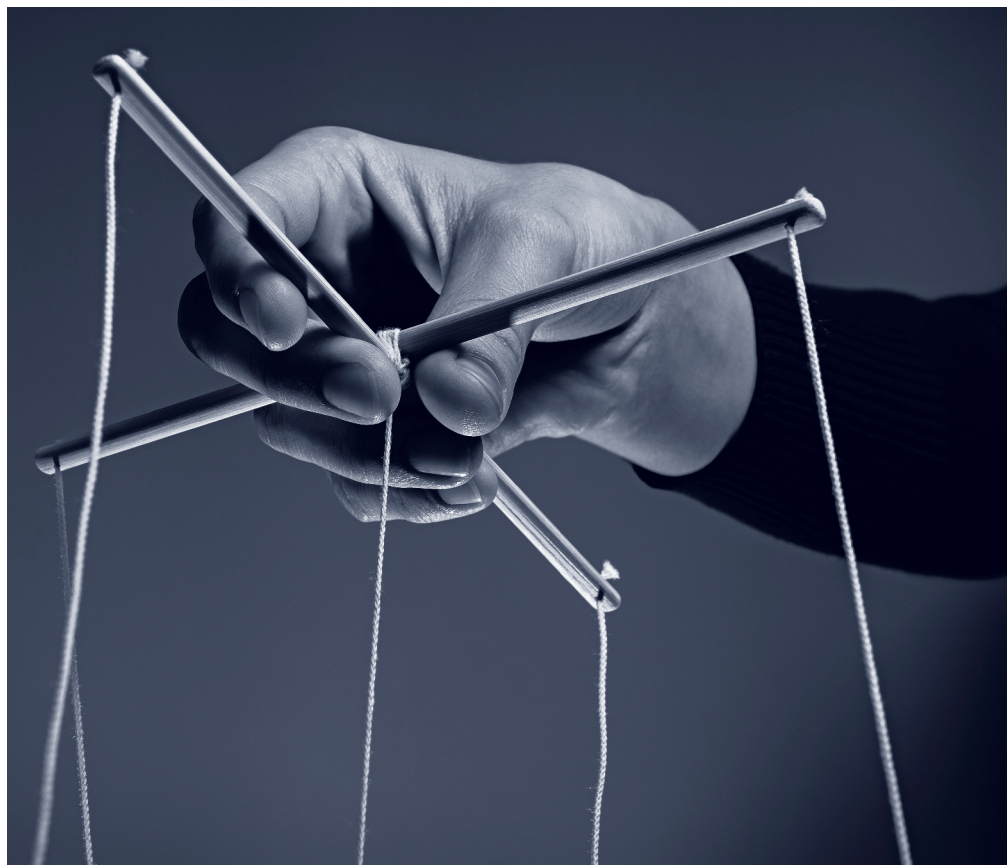
Quienes creemos en la economía de mercado y el concepto de libre empresa, auspiciamos la competencia y libertad de elegir sin distorsiones provocadas por la intervención del Estado. El ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica, donde la libertad de elegir de los individuos ha sido determinante en el proceso económico, basta para comprender que no es estrictamente necesaria –como sostienen los socialistas– la tutela del Estado en estas materias. La fortaleza alcanzada por la economía norteamericana a finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX no se debió a las políticas públicas ni a la

acción del gobierno y sus instituciones, sino a las decisiones y emprendimientos libremente encaminados por los agentes económicos. En esos tiempos el Estado no solo no intervenía, sino que era apenas perceptible para los agentes económicos; se dice que por ejemplo muchos agricultores del *mid-west* y de las *great plains*, ni siquiera tenían conciencia de la existencia o relevancia de un gobierno instalado en Washington D.C. Naturalmente, con el correr del tiempo fue necesaria una limitada intervención para, entre otras cosas, prevenir monopolios, fijar niveles de capitalización en los bancos o para proteger al consumidor.

El auge de los mercados bursátiles y del sector financiero proyectado a escala global también exigió el desarrollo de normativas idóneas y de funciones de fiscalización a cargo de entes reguladores y supervisores de la actividad. Son los signos y necesidades de los nuevos tiempos, aunque insistimos en una intervención limitada del Estado a través de sus instituciones, para no crear distorsiones ni detener el impulso emprendedor y sobre todo innovador de la iniciativa privada. Como indica Milton Friedman, “... una buena sociedad requiere que sus miembros acuerden las condiciones generales que dirijan las relaciones entre ellos, sobre medios que arbitren las diferentes interpretaciones de tales condicionantes, y los mecanismos que exijan el cum-

plimiento de las reglas de aceptación general...”. Y añade Friedman, “...Ningún cuerpo normativo puede prevalecer, a menos que la mayoría de participantes den su conformidad sin necesidad de aplicarles sanciones; es decir, sin que exista un amplio consenso en la sociedad. Pero no podemos confiar en la costumbre o en el consenso aislado para interpretar y hacer cumplir las normas; necesitamos un árbitro. Estos son los roles básicos del gobierno en una sociedad libre: proveer los medios bajo los cuales podemos modificar las normas, mediar en las diferencias acerca del significado y alcances de ellas y exigir su cumplimiento a quienes de otra manera se niegan aceptarlas...”.

Es difícil negar que el libre juego de la oferta y la demanda en competencia perfecta termina siendo una entelequia. Pero también es una entelequia el pensamiento que auspicia un estado de bienestar colectivo condicionado a la intervención del gobierno en los procesos económicos. El Estado puede ser necesario en los términos apuntados por Friedman, pero no para decidir en nombre de los agentes económicos sobre dónde o cómo invertir, o de qué manera organizarse para acometer sus empresas, sin perjuicio que existan normativas específicas para ciertas actividades (i.e. banca y finanzas; aviación comercial; etc.). Tiene además el delicado papel de evitar los excesos que a veces plantea el sistema económico capitalista y que tampoco podemos negar. Es necesaria pues la libertad individual como fundamento de deberes y derechos de la persona humana, tanto como la responsabilidad individual ante la sociedad por lo que se refiere a consecuencias de decisiones y resultados de acciones propias de los individuos que la integran. Nada hasta ahora demuestra que suprimir



|||||||

Es difícil negar que el libre juego de la oferta y la demanda en competencia perfecta termina siendo una entelequia. Pero también es una entelequia el pensamiento que auspicia un estado de bienestar colectivo condicionado a la intervención del gobierno en los procesos económicos

■■■■■

estos conceptos en beneficio de las tesis intervencionistas del Estado en la economía ha creado bienestar a la sociedad; más bien ha sido todo lo contrario, como muestra la historia. La democracia y el capitalismo, nos dice Lester C. Thurow, poseen convicciones muy diferentes acerca de la apropiada distribución del poder: “una cree en la completa y equitativa distribución del poder político, ‘un hombre, un voto’, mientras la otra cree que es deber del económicamente entendido, sacar del negocio al desajustado y llevarlo a su extinción económica. De la supervivencia de los entendidos y de las desigualdades en el poder de compra es de lo que trata la eficiencia capitalista. Los individuos y las corporaciones se hacen eficientes para ser ricos...”.

LA NECESARIA FUNCIÓN SOCIAL DE LA EMPRESA

No hay duda de que el capitalismo genera grandes desigualdades de ingreso y de riqueza. No todos los individuos tienen las mismas oportunidades, tampoco to-

dos poseen las mismas capacidades o habilidades para obtener verdadero provecho de ellas. Es aquí donde emerge la “división del trabajo” o la cooperación entre quienes ejecutan diversas tareas para alcanzar propósitos eficientemente. Si esto se conjuga con la función social del empresario, podríamos llegar a una propuesta en la que la mayor parte de los ciudadanos logren al menos satisfacer holgadamente sus necesidades básicas. No hay razón válida que justifique la explotación de los trabajadores por parte de los patronos; tampoco es válido que el Estado provea lo que los trabajadores no puedan obtener con su propio esfuerzo.

Igualar a los ciudadanos en la pobreza nunca será mejor alternativa que un modelo de libre empresa que estimule una mayor eficiencia y el consecuente buen retorno para el capital, tanto como una buena retribución a los trabajadores y la mayor satisfacción para el consumidor y la sociedad en pleno.

El modelo socialista termina por estimular las mayores ineficiencias, la corrupción y la pobreza generalizada. Es lo que revela la experiencia y los hechos comprobables en las naciones que han sucumbido al populismo de izquierdas. Volveremos más adelante sobre este punto. Una intervención excesiva del Estado, expresada en regulaciones a veces asfixiantes y sobre todo marcada discrecionalidad de los funcionarios públicos, no solo se traduce en desestímulo a los particulares, sino en causa de pérdidas para las empresas en marcha.

Los empresarios, nos dicen Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, se dividen entre aquellos que cumplen su función en la sociedad, es decir, los que ponen "...la imaginación y el trabajo al servicio de los consumidores... [y]...los que participen de eso que, algo equívocamente, se denomina mercantilismo. El mercantilismo es, por lo menos en la acepción que nosotros hacemos nuestra, un sistema perverso que convierte al reparto de privilegios en el factor determinante de toda una parte de la vida económica...". Los referidos autores aclaran que las reglas de juego del nombrado mercantilismo, las pone el gobierno. Ello en alguna medida mitiga la responsabilidad de los empresarios mercantilistas, por lo que se refiere a ese sistema perverso que los envuelve.

INTERVENCIONISMO EXAGERADO

El mercantilismo deviene en ese intervencionismo aberrante del Estado en todo lo que tiene que ver con el desenvolvimiento de la economía, sobre todo en los llamados "sectores estratégicos", un artificio de los políticos de izquierdas en funciones de legislador, quienes con ello reservan al Estado el control

y gestión de ciertas empresas públicas que para nada tienen ese carácter. ¿Cuál es el sentido estratégico de una aerolínea, de una empresa telefónica, de una empresa generadora y distribuidora de energía eléctrica, de una finca ganadera?

El intervencionismo igualmente se expresa en toda esa urdimbre de permisos y licencias de funcionamiento que agobian a las empresas públicas y privadas, que las hacen ineficientes en sus procesos productivos. El "interés nacional", que se confiere caprichosamente a ciertas empresas, es otra consecuencia de lo que venimos comentando. Resulta que esas empresas no pueden quedar en manos privadas, deben ser gestionadas por el Estado clientelar y las más de las veces inepto en sus procedimientos de asignación de beneficios o de responsabilidades profesionales. En la Venezuela de nuestros días, no es posible acceder a beneficios normativos –los que corresponderían por Ley a todo buen ciudadano que cumpla con la Ley aplicable– o a responsabilidades profesionales en la gestión de entes públicos, sin antes formar parte integrante del Partido de gobierno, sin "hacer bulto" e izar banderas en las marchas convocadas por el sector oficial, sin humillarse ante autoridades ministeriales en señal de adhesión a la causa "bolivariana".

La desmesurada e innecesaria intervención del Estado en la economía crea la necesidad de gestionar y obtener favores, y de allí solo proceden perjuicios en todos los órdenes de la vida para los ciudadanos. La burocracia administrativa en los regímenes clientelares se convierte en alcabala ineludible, artera, rapaz. Todo beneficio implica el pago de un precio; y el precio que repetidamente se paga perjudica los

No hay razón válida que justifique la explotación de los trabajadores por parte de los patronos; tampoco es válido que el Estado provea lo que los trabajadores no puedan obtener con su propio esfuerzo

resultados de la gestión de negocios, al comprometer las utilidades de la empresa y afectar a sus administradores. Esta es una de las más perversas consecuencias del populismo en acción.

Siempre el mayor perjudicado será el consumidor final, el "ciudadano de a pie" –como decimos en Venezuela–, quien no dispone de mejores alternativas ni de recursos sobrantes para acceder razonablemente al mercado de bienes y servicios. Eso parece no importar a los populistas; para ello en nuestro país disponen del erario público, al que esquilman sin contemplación, incluso cuando destinan recursos a los programas sociales.

RESPONSABILIDAD MORAL DE LA EMPRESA

Ante esta situación, es necesario hacer mención del concepto acuñado por Emeterio Gómez sobre "la responsabilidad moral de la empresa capitalista". En cumplimiento de esa responsabilidad moral, la empresa privada debe ver en el consumidor a un ser humano, antes que a un simple "adquirente" de bienes y servicios, quien paga un precio por ellos. Es el propósito de humanizar el capitalismo, para de tal manera prevenir los abusos que podrían derivarse de un excesivo (deshumanizado) afán de lucro (el capitalismo salvaje, del que hablaba Su Santidad el Papa Juan Pablo II). Así como John Maynard Keynes salvó con sus acertadas propuestas al capitalismo en la década de los 40, hoy tendríamos que humanizarlo para de tal manera asegurar su ecuaníme continuidad en los tiempos por venir.

La ética profesional del empresario abarca todos los ámbitos de su actuación como miembro de la sociedad y en tal sentido conlleva

|||||

**La
desmesurada
e innecesaria
intervención
del Estado en
la economía
crea la
necesidad de
gestionar y
obtener favores
y de allí solo
proceden
perjuicios
en todos los
órdenes de la
vida para los
ciudadanos**

una responsabilidad social ineludible. Para algunos, humanizar el capitalismo no pasaría de ser una ilusión irrealizable en la práctica, algo que podría desnaturalizar la esencia misma de la actividad productiva en condiciones de rentabilidad y competitividad. En el cálculo empresarial –dirán muchos defensores a ultranza de un capitalismo deshumanizado–, todo debería quedar supeditado al propósito esencial de maximizar ganancias. Lo demás –dirán igualmente–, corresponderá a las obras pías, a instituciones benéficas o fundaciones dedicadas al tema social.

Es necesario alcanzar la responsabilidad moral de la empresa capitalista -siguiendo la tesis de Gómez- si queremos prevenir los embates del Comunismo, que vuelve a aflorar en nuestro mundo contemporáneo como promesa para alcanzar la justicia social; esta última es la propuesta de los populistas de izquierdas que acceden o pretenden acceder al poder público por vías democráticas. Gómez incluso va más allá de la Responsabilidad Social, al proclamar necesario asumir plenamente, como empresa, la responsabilidad moral. Rescatar, resaltar y divulgar verdaderos valores morales no hay duda de que puede ser la mejor manera de confrontar los antivalores que propone el populismo de izquierdas. Y esa tarea educativa es también de los empresarios y, sobre todo, de la empresa capitalista, como unidad de acción o institución que trasciende a los hombres y mujeres que transitoriamente las dirigen.

**LA EMPRESA EN LA VENEZUELA
POPULISTA**

En Venezuela se pueden citar buenos ejemplos de empresas que han tomado esa bandera de la responsabilidad social y mo-

ral ante el populismo de izquierdas. Es el caso de Empresas Polar, un conglomerado de negocios que practica, promueve y difunde valores morales y que en esa medida cumple a cabalidad con los preceptos de la responsabilidad social empresarial. Ha sido tan evidente el cumplimiento social de Empresas Polar, el respeto a consumidores de productos alimentarios y a sus obreros y empleados de todos los niveles, que el gobierno nacional en funciones, con toda su animadversión hacia sus Accionistas y Directores, y deseos de exterminarla como unidad de negocios, no ha podido doblegarla, ni con ello ha desmejorado un ápice la excelente percepción y el completo respaldo del común de la gente. El caso podría servir para corroborar la viabilidad de la tesis de Emeterio Gómez.

Hablemos específicamente de la responsabilidad social de la empresa. Un concepto muy en boga en la Venezuela de nuestros días, y que en buena medida se ha propagado y ha sido consecuencia favorable de la irracionalidad del gobierno y sus políticas pendencieras para con la empresa privada. Hoy prácticamente todas las empresas venezolanas impulsan programas de asistencia social para con sus trabajadores. Pero esto tiene que salir de dentro de la misma empresa, como una respuesta moral frente a la sociedad donde se desenvuelve; no debe provenir del miedo que inspiran los populistas.

Venezuela cuenta con ejemplos maravillosos de responsabilidad social que vienen expresándose con fuerza y sobre todo eficacia desde hace más de cincuenta años. Eugenio Mendoza

es uno de ellos; lo que quiere decir que nuestra sociedad es capaz de producir esos grandes valores desde adentro. Solo tenemos que seguir el ejemplo de este gran empresario de todos los tiempos. Nos dice Manuel Acedo Mendoza que "...teóricamente, la función social del empresario arranca de la interacción de dos ideas fundamentales en la sociedad contemporánea: el concepto de justicia social y el de responsabilidad que a cada sector incumbe en su realización..." . Y abundando en su análisis, añade que "...los empresarios venezolanos al constituir la Asociación Dividendo Voluntario para la Comunidad, estupenda promoción de una idea original de Eugenio Mendoza, definen la responsabilidad social de la empresa en términos enfáticos: El dirigente de empresa tiene la obligación de poner en función social el máximo de su capacidad espiritual, intelectual y económica. En tal sentido debe intervenir como ciudadano y a través de su empresa en toda actividad social, cívica o educativa de la comunidad que promueve el desarrollo y ejercicio de los derechos del hombre..." .

Ninguna empresa venezolana ha podido escapar a los efectos negativos del populismo extremo. Ser empresario en la Venezuela de nuestro tiempo ha sido un desafío, una correría angustiosa, una posible fatalidad. La constancia de propósito, imprescindible a toda carrera empresarial, puede ser interpretada como una provocación. "¿Por qué no terminan de irse?", dijo Chávez alguna vez a los emprendedores venezolanos. Hay alternativas respetables, pero sin duda permanecer en el país y continuar la marcha de los negocios es una expresión de tenacidad y coraje, de fe y esperanza en Venezuela.

Todo cuanto ha ocurrido en estos años de hostigamiento y desasosiego se ha convertido para nosotros en mensaje concluyente, en lección de vida que va a ser difícil olvidar. Hemos aprendido a sobrevivir en las circunstancias más sórdidas que pudieran imaginarse: continuas amenazas de cierre de los negocios, invasiones, incautaciones y tomas ilegales de activos; cambio sobrevenido, jamás consensuado, siempre contradictorio en las políticas públicas que afectan a la actividad económica en general; robos a mano armada, hurtos y saqueos que agobian constantemente a las empresas y a sus trabajadores; fiscalizaciones inoportunas y amenazas policiales devenidas en persistente chantaje a los gerentes corporativos; restricciones a la libre circulación, al libre cambio de la moneda y esa creciente urdimbre de permisos y licencias que limitan el desenvolvimiento normal y, sobre todo, eficiente de la actividad productiva, tal y como habíamos mencionado en líneas anteriores.

LA ANGUSTIA DE SER EMPRESARIO

Pero de todo esto que nos ha tocado vivir como ciudadanos y como empresarios, emergen paradojas que no debemos obviar. El temor a un atraco, el miedo a la muerte, nos ha enseñado a valorar la vida en toda su plenitud, como lo hacían los impasibles colombianos hace menos de un par de décadas. Salir de noche en Caracas es una temeridad, incluso una provocación; es indescriptible la angustia que nos produce saber a nuestros hijos visitando amigos, compartiendo con ellos en un restaurante o recibiendo clases en la Universidad, después de caída la tarde. Duele recordar el número de víctimas fatales, cercanas a nuestro círculo de afectos, para los que no hay consuelo posible; todos



Ninguna empresa venezolana ha podido escapar a los efectos negativos del populismo extremo. Ser empresario en la Venezuela de nuestro tiempo ha sido un desafío, una correría angustiosa, una posible fatalidad

son mártires de esta Venezuela irreconocible que quisiéramos rescatar del abismo.

En octubre de 1997, en un encuentro promovido por el Consulado General de Venezuela y el Instituto Cervantes en Nueva York, conocimos a Héctor Abad Faciolince, quien junto a un grupo de intelectuales venezolanos, mexicanos, americanos y colombianos, participó en el Coloquio: La democracia en Latinoamérica y España. Su disertación conmovió a la audiencia, por su crudeza, por su franqueza total, pero sobre todo por su realismo. Cuando nos dijo que "...Medellín, gracias a sus fanáticos mafiosos, a sus fanáticos guerrilleros o militares y a sus fanáticos callejeros sin ideología reconocible, produce, desde hace más de diez años, entre 20 y treinta asesinatos diarios...", no solo nos pareció aterrador, sino que no atinamos siquiera a pensar que Venezuela podía algún día vivir en iguales circunstan-

cias. Su conclusión fue enfática: "... Nuestra violencia es una epidemia, una larga peste de plomo, que acaba sobre todo con los jóvenes..." .

Paradójicamente –siguiendo el ejemplo de Abad Faciolince–, los venezolanos hemos redescubierto el placer de llegar temprano a casa, de ver caer la tarde desde el balcón o el jardín de nuestras viviendas, de reunirnos en familia, cuando ninguno de nuestros seres queridos atraviesa zonas de riesgo en la antigua "ciudad de los techos rojos", ya prácticamente desaparecidos en su modernidad. Amanecer vivo en Caracas es motivo de acción de gracias, no solo por ser un día más para el esfuerzo, incluso para la diversión, sino por el privilegio de ver el Ávila desdoblarse ante la avanzada del sol naciente de los trópicos.

Valoramos también nuestras empresas, hoy tan disminuidas y amenazadas, no por cuanto poseen en

su dominio material, sino por sus trabajadores, por quienes hacen posible el milagro de mantenerlas abiertas y operando en medio de tanta adversidad. Solo por ellos – por nuestros trabajadores y empleados – vale la pena seguir luchando, no con resignación impotente, sino con optimismo, con la plena convicción que Venezuela saldrá de las sombras que la envuelven; se lo merecen, nos lo merecemos todos los venezolanos de buena voluntad.

La rutina de los empresarios venezolanos suele ser angustiosa, volátil, desconcertante. Con una inflación de costos que supera el 500% y precios regulados para los bienes y servicios que el gobierno unilateralmente considera esenciales, es absolutamente inútil producir un Estado de Ganancias y Pérdidas. En tales circunstancias, carece de relevancia, de utilidad práctica. Así las cosas, mantener todavía en marcha las empresas venezolanas es un prodigio, muestra de heroísmo de los empresarios nacionales y extranjeros que aún se mantienen en pie de lucha con sus trabajadores y empleados.

En el caso de los agricultores y criadores, el gobierno se empeña en elaborar una “estructura de costos” para, a partir de allí, determinar “precios justos” para la leche “a puerta de corral” y el ganado “en pie” para matadero. ¿Para qué puede servir una “estructura de costos” en una economía asediada por la inflación? El populismo exige demostrar al “pueblo” que el gobernante también se preocupa por la viabilidad de los productores del campo; solo que esas reuniones interminables en los ministerios del ramo no concluyen en nada que resuelva el fondo de los problemas. Para el

En la Venezuela subyugada por el populismo extremo, ninguna empresa puede crecer razonablemente

gobierno lo que ocurre con la inflación de costos es solo producto de una imaginaria “guerra económica”, no del incontestable fracaso de sus políticas públicas.

Ya todo esto se añaden los actos de proselitismo político –las efemérides y días estelares de Chávez y su rebato revolucionario–, las incontables marchas, unas –las más espontáneas y sobre todo voluminosas– en señal de protesta y repudio a la acción del gobierno, otras –las que obligan a funcionarios y empleados públicos, cada vez más desalentados–, como muestra de respaldo a quienes no pueden comprobar con hechos que tienen razón en lo que hacen, en lo que predicán, en lo que proponen al país. Se trata de actividades que frecuentemente interrumpen el buen funcionamiento de las empresas y de la vida cotidiana del venezolano; se pierden días enteros, incluso semanas de trabajo. De esta manera es imposible alcanzar metas de producción.

Las empresas en cualquier economía estable deben crecer al ritmo del crecimiento poblacional. A esto se añade el surgimiento de nuevos emprendedores, motivados por la oportunidad que puedan ofrecer los diversos sectores de actividad económica. Pero

en la Venezuela subyugada por el populismo extremo, ninguna empresa puede crecer razonablemente, menos aún pueden prosperar los emprendedores. Sin acceso franco a divisas, sin suficiencia de materias primas para la industria manufacturera, sin seguridad jurídica, sin energía eléctrica suficiente y sobre todo confiable, con aumentos salariales no concertados entre gobierno y empresarios que últimamente se producen con preocupante frecuencia –varias veces en un mismo ejercicio–, es decir, no ajustados a las posibilidades reales de las unidades de producción, no puede haber desarrollo empresarial. El problema es que el ateramiento empresarial se traduce a la larga en pérdida de mercado, extravío de oportunidades, quebranto del entusiasmo innovador. El sector empresarial languidece cuando estos sentimientos se apersonan en los agentes económicos.

¿Puede entonces el populismo extremo ser compatible con el desarrollo y viabilidad empresarial? La respuesta parece obvia y solo registra el estruendoso fracaso del Socialismo del Siglo XXI como propuesta alternativa al igualmente fracasado Socialismo real del Siglo XX. Lección aprendida, aunque muy dura para los venezolanos de buena voluntad.

PARA SABER MAS:

- Friedman, M. (1982), *Capitalism and Freedom*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Thurow, Lester C. (1996), *The Future of Capitalism*, William Morrow and Company, Inc., New York.
- Mendoza, P. A.; Montaner, C. A. y Vargas Llosa, A. (1998), *Fabricantes de Miseria*, Plaza y Janés Editores, S.A., Barcelona.
- Gómez, E. (2005), *La responsabilidad moral de la empresa capitalista*, Plasarte, S.A., Caracas.
- Acedo Mendoza, M. (1973), *Por qué Eugenio Mendoza*, Gráficas Armitano, Caracas.
- Abad Faciolince, H. (1997), *Colombia: paradojas y esperanzas de una seudodemocracia*, Este País, tendencias y opiniones.